

PRESENCIA Y AUSENCIA DE ARTICULO EN UN LIBRO DE PABLO NERUDA

1. ¿Debe una sintaxis histórica incluir el estudio de rasgos estilísticos, preferencias o peculiaridades estéticas del lenguaje general de una época, de una escuela o de un autor?, preguntaba Lapesa en un artículo «Sobre problemas y métodos de una sintaxis histórica» (*Homenaje a Xavier Zubiri*, Madrid, 1970). Durante algún tiempo al pensar en la literatura se pensaba en un objeto cuya particularidad radicaría en un lenguaje peculiar, «emotivo», propio solamente del arte, regido por leyes distintas de las que presiden el lenguaje común o el científico; pero la separación tajante entre la función poética y la de comunicación del lenguaje implica desconocer abusivamente la incidencia gnoseológica que posee todo signo verbal; por eso se advirtió pronto que la distinción entre discurso poético y común estriba en su carácter uni o polisémico. En aquél no se da ausencia, sino pluralidad de significados.

Si pensamos que el lenguaje literario sólo se opone al lenguaje común para imponer la presencia de las cosas, debemos estudiar las peculiaridades de este lenguaje literario que emplea diferentes armas en su antagonismo con el sentido puro, con la significación abstracta que han tomado las palabras y, con ellas, los usos lingüísticos en el discurso cotidiano.

2. La creación del artículo romance es consecuencia de una proyección psíquica que, aprovechando la anáfora latina con demostrativos, seleccionó uno especial con que personalizar el empleo del sus-

tantivo, marcando aquel que designaba realidades previamente presentes en la conciencia del hablante; después marcó también con igual signo al sustantivo que presentaba realidades no mencionadas antes, pero implicadas en el discurso; finalmente, al sustantivo que indicaba realidades existentes actualizadas en el discurso, a diferencia del sustantivo no marcado, esencial o virtual, expresión de puros conceptos o categorías. A lo largo de la historia de la lengua española ha habido cambios en la delimitación de las categorías que requieren o rechazan la presencia de artículo: la distinción entre virtual y actual, categórico y real, esencia y existencia había penetrado fácilmente en el español medieval cuando el sustantivo designaba entidades concretas y numerables; pero encontraba resistencia cuando el sustantivo estaba empleado con sentido genérico o era abstracto, colectivo, nombre de grupo o nombre de materia (Lapesa, «Evolución sintáctica y forma lingüística interior en español», *Actas del XI Congreso de Lingüística*, Madrid, 1968).

Siempre el juego presencia/ausencia de artículo ha sido objeto de estudio. Lapesa ha estudiado el uso del artículo ante posesivo en castellano antiguo (*Homenaje a H. Meier*, Munich, 1971), la presencia del artículo con antropónimos griegos y latinos en la poesía de Fray Luis de León o la repetida omisión del artículo ante sustantivo común en la poesía gongorina («Sobre problemas y métodos...»). Al estudiar este último caso señala cómo todas las omisiones tienen base lingüística en que apoyarse (bien porque el sustantivo va acompañado de adjetivo, bien porque se trata de un sustantivo genérico); Góngora, apoyándose en algo que la lengua común le ofrece, evita actualizar con artículo el sustantivo para devolverle la capacidad que tenía en latín de representar con ambivalencia tanto conceptos arquetípicos cuanto seres y cosas existentes en la realidad. La omisión del artículo contribuye a elevarlos hasta su identificación con las ideas en platónico quintaesenciamiento.

3. Busquemos nosotros esa posibilidad electiva en una muestra de la poesía de Neruda. *Memorial de Isla Negra*, que se compone de cinco volúmenes, es, en palabras del propio Neruda, «mi biografía poética. En un momento dado sentí la necesidad de manifestar lo que ha sido mi vida en la poesía, lo que ha significado la poesía para mí, y eso sólo podía explicarlo valiéndome del propio lenguaje poé-

tico, el instrumento del que soy dueño para comunicarme con quienes tengan a bien participar conmigo en el diálogo. Ahí tiene usted lo que es mi poesía. Nunca he sabido cómo definirla, y ni siquiera si la poesía puede ser encerrada en el obligado esquematismo de una frase. Únicamente intuyo que, en todo caso, deberá definirse por sí misma ante cada lector, que es tanto como definirse ante la historia» (entrevista con Neruda publicada en *Destino*, núm. 1874, 2 septiembre 1973). De los cinco volúmenes elegimos el primero: *Donde nace la lluvia* (Losada, Buenos Aires, 1964, 104 págs.).

Entendemos como figura la expresión o el uso lingüístico que percibimos en sí mismo y no sólo como mediador de la significación. Por eso no vamos a considerar aquellos contextos en que pueden alternar significativamente el artículo y su ausencia (*se puso gafas / se puso las gafas*), ni aquellos otros en los que no se da tal alternancia, puesto que forzosamente hay artículo o no lo hay (*Los Pirineos, España*), para señalar sólo aquellos en que la aparición o falta de artículo son indiferentes, equivalentes, variantes puramente estilísticas, intentando buscar los posibles condicionamientos que en el lenguaje de Neruda deciden la elección entre artículo y su ausencia (V. Alarcos, «El artículo en español», *Estudios de Gramática funcional del español*, Madrid, 1970), con el fin de proyectar todo esto hacia el aspecto semántico de la obra literaria, en que hay que tener en cuenta que una red temática está en conexión con la relación del hombre con el mundo, la percepción, la mirada; la otra, con la relación del hombre con el otro, el inconsciente, el lenguaje.

4. Es evidente que en el correr histórico de una lengua cambian las posibilidades de uso del artículo y, por tanto, su valor no es inmutable. Fijémonos en las enumeraciones. Amado Alonso («Estilística y gramática del artículo en español», *Estudios lingüísticos*, Madrid, 1961) señala cómo la libertad estilística por la que en enumeraciones de sustantivos sólo se emplea el artículo con el primero o se repite con cada uno (libertad diferente en las diversas épocas) se relaciona con la función meramente realzadora de la independencia formal de la representación correspondiente. Con un solo artículo un sentido unitario guía la serie. El pensamiento procede en estas enumeraciones no avanzando un paso en cada nuevo miembro, sino insistiendo o definiendo o glosando la idea ya mentada con el prime-

ro de la enumeración. En cambio, cuando una especial intención valorativa u otra peculiaridad estilística cualquiera destaca y deslinda las representaciones entre sí, el artículo se repite con cada uno de sus miembros; en términos generales, hasta la época clásica inclusive, la repetición del artículo en las enumeraciones supone la intrusión de un elemento de realce expresivo (giros de la lengua literaria), o bien un gesto aceptable de economía también literario.

4.1. No hallamos en *Donde nace la lluvia* ni un solo ejemplo en que el primer elemento lleve artículo y los siguientes no, pero sí nos parecen rasgo consciente las enumeraciones en que una serie de elementos sin artículo confluyen en un todo o en cualquier otra expresión colectiva.

En el poema que abre el libro, «Nacimiento»:

y así muros de adobe,
retratos en los muros,
muebles desvencijados
en las salas oscuras,
silencio entrecortado por las moscas,
todo volvió
a ser polvo:
sólo algunos guardamos
forma y sangre,
sólo algunos, y el vino.

cada uno de los términos enumerados sin artículo se resuelve en un término colectivo: *todo* volvió / a ser *polvo*, o dicho de otra forma: son el desarrollo esencial de ese término. Los sujetos en plural no necesitan artículo, pero sí los sintagmas con preposición: *en los muros, en las salas oscuras, por las moscas*. El juego se enriquece con el hipérbaton de los tres últimos versos que aseguran el contraste con *polvo: forma y sangre*, y, a su vez, la antítesis con *el vino*, único elemento en función nuclear que aparece con artículo, en que *vino* no significa algo que pertenece a la clase o especie de realidades llamadas «vino» (nombre clasificador), sino que identifica una precisa y concreta realidad de esa clase, sin posibilidad de confusión en el contexto dado. Y el poema continúa:

Siguió el vino viviendo
subiendo hasta las uvas...

El vino es la realidad, lo existente. Cuando vuelve el recuerdo, lo ido, vuelve también la ausencia de artículo:

Yo no tengo memoria
del paisaje ni tiempo,
ni rostros, ni figuras,
sólo polvo impalpable,
la cola del verano
y el cementerio en donde...

Así enunciado parece que *memoria, tiempo, rostros, figuras* son objeto de *tener*, mientras analíticamente son idénticos a *paisaje*, adyacentes de *memoria*. Al faltarles el índice de su función sintáctica (de) y el artículo, la expresión se esencializa y entra a formar parte del polvo impalpable, nuevo y auténtico complemento de *tener*; este polvo, que por *impalpable* (cuyo sema está en contraste con polvo) es inidentificable, en antítesis con los nombres identificadores: *la cola, el cementerio*. En las enumeraciones sin artículo realizamos una ordenación consciente del objeto según el sistema de valores en que nos movemos. Categorización que no es mecánica, ni obligatoria; el objeto intencional es el mismo, pero la intención con que vamos al objeto es otra, porque lo que ahora está en nuestro pensar no es la existencia del objeto real, sino su esencia o su clase valorativamente considerada. En Neruda lo impalpable, lo soñado, lo ido.

Sólo unas páginas más adelante (19):

..... se rompieron
Los tejados, se cayeron
Los muros y Los puentes

versos en que se alude al hecho real, al viento del Polo que «anoche sopló», no ya a la destrucción de todo el pueblo «envuelto en terremoto». La misma alternancia entre lo real y lo irreal, lo fantasmagórico en

Apenas se alcanza a tocar
el escapulario, la cruz,
a persignarse, luego, fósforo,
cuerno quemado, azufre negro (89)

4.2. Otras veces una enumeración de sustantivos sin artículo alterna con otra en que todos sus términos van articulados como (41):

Es la sombra enterrada,
 las luchas sin objeto
 con espadas de palo,
 b a n d a s crepusculares
 armadas de bellotas,
 h i j o s enmascarados
 del escolar subsuelo.

Luego el río y el bosque, las ciruelas
 verdes, y Sandokan y Sandokana,
 la aventura con ojos de leopardo,
 el verano color de trigo,
 la luna llena sobre los jazmines,
 y
 todo cambia

donde los conceptos con artículo parecen apuntar a un recuerdo sonriente, feliz. La misma alternancia hallamos en «El niño perdido» (69), en que los conceptos personales que se refieren al niño aparecen articulados, mientras los que se refieren a la ciudad que va absorbiendo, dominando a los anteriores, se enuncian sin artículo.

La máscara del niño fue cambiando,

 el esqueleto se mantuvo firme,
 la construcción del hueso se mantuvo,
 la sonrisa,
 el paso, un gesto volador, el eco
 de aquel niño desnudo
 que salió de un relámpago,
 pero fue el crecimiento como un traje!
 era otro el hombre y lo llevó prestado.

Así pasó conmigo.
 De silvestre
 llegué a ciudad, a gas, a rostros crueles
 que midieron mi luz y mi estatura,
 llegué a mujeres que en mí se buscaron
 como si a mí se me hubieran perdido...

Y cuando el «yo» trata de definir todo lo que en él ha influido, sólo un término se le escapa con artículo («La condición humana», 75)

Yo crecí estimulado por razas silenciosas,
 por penetrantes hachas de fulgor maderero,
 por fragancias secretas de tierra, ubres y vino:

mi alma fue una bodega perdida entre los trenes
 en donde se olvidaron durmientes y barricas,
 alambre, avena, trigo, cochayuyo, tablones,
 y el invierno con sus negras mercaderías.

Nuevamente aquí la libre colocación que el español permite de *durmientes* y *barricas* y su enunciación sin artículo hace que se mantenga la duda sobre si considerarlos sujetos del verbo «olvidarse», fuertemente afectivo en usos semejantes, u objetos de ese mismo verbo en la misma línea de todos los que se enuncian después. La estilística del artículo en español permite aquí un enriquecimiento del lenguaje poético, polisémico por esencia.

4.3. En algunas enumeraciones una serie de términos concretos con artículo desembocan en dos conceptos esenciales sin él, que oponen dos mundos:

Se me confunden
 los ojos y las hojas,
 ciertas mujeres con la primavera
 del avellano, el hombre con el árbol,
 amo el mundo del viento y del follaje,
 no distingo entre labios y raíces. (15)

Por un lado, el mundo de la libertad y del cambio; por otro, el de la quietud y la constancia. Ojos, mujeres, hombre, viento se anegan en *labios*; hojas, primavera, árbol, follaje se anegan en *raíces*. El mismo poema termina con una enumeración con artículo que se cierra con un recuento de términos sin él que reproducen cada uno de los conceptos mentados antes:

mi corazón sigue cortando el bosque,
 cantando con las sierras en la lluvia,
 moliendo frío y aserrín y aroma.

Aroma porque antes ha dicho: *las tablas de la casa / olían a bosque*; junto a *y lo que toco se convierte en bosque*, *mi corazón sigue cortando el bosque*. En los dos primeros casos alude el poeta a lo que el bosque comporta de olor, de aroma, mientras en el último alude concretamente al hecho de talar el bosque. El contraste lo consigue en el último caso con la aparición de *aroma*, tan esencial como *bosque* en los ejemplos anteriores. Así el

juego esencia / existencia, ausencia / presencia de artículo, refleja la confusión en el recuerdo que hoy se le hace poesía y canto.

También en «El sexo», uno de los poemas más entrañables, una enumeración de términos prolija y minuciosamente analizados en cada uno de sus componentes conduce a dos abstractos sin artículo:

mientras el milagro,
el nido
de los huevecitos celestes
cayó y luego los pies de los intrusos
demolieron fragancia y estructura (48).

En «Las Supersticiones» (87) dos enumeraciones con artículo se recogen en una serie de términos esenciales sin él:

aquella voz que reconstruía
el paso del puma sangriento,
el estilo negro del cóndor,
la enmarañada primavera
cuando no hay flor sino volcanes,
no hay corazón sino monturas,
las bestias despiadadas que caen
a los abismos, saltó la chispa
de un abanico de herraduras,
y luego sólo la muerte,
sólo el sinfín de la selva.
Don Genaro de poca lengua
sílabas a sílabas traía
sudor, sangre, espectros, heridas,
fuma que fuma, tío Genaro.

Los versos 5, 6: *cuando no hay flor, sino volcanes, / no hay corazón sino monturas*, ofrecen un contraste singular/plural que hace resaltar el uso del singular sin artículo. El lenguaje poético (frente a la lengua común) permite aquí el uso del nombre discontinuo en singular sin artículo, precisamente porque al no señalar ningún ejemplar concreto destaca su referencia al conjunto de rasgos comunes de todos los entes de su campo semántico, individualizando así la fórmula «no A sino B», tan característica de nuestra poesía clásica.

En el final de «La condición humana» (76), entre dos enumeraciones de términos sin artículo, tres elementos secundarios, objeto de

un verbo subordinado, se individualizan con él, destacando así tres componentes esenciales de ese Chile, núcleo y esencia de toda la poesía nerudiana:

y fui fértil con todo
 lo que caía en mí, germinaciones,
 cantos entre hoja y hoja, escarabajos
 que procreaban, nuevas
 raíces que ascendieron
 al rocío,
 tormentas que aún sacuden
 las torres del laurel, el racimo escarlata
 del avellano, la paciencia
 sagrada del alerce,
 y así mi adolescencia
 fue territorio, tuve
 islas, silencio, monte, crecimiento,
 luz volcánica, barro de caminos,
 humo salvaje de palos quemados.

Hay un poema cargado de nostalgia y de añoranza, «Las Pacheco» (59). En él un verso fuertemente individualizado:

Fue aquella vez del día del verano

(con su pasado absoluto en contraste con la seguridad de los dos sustantivos con artículo) abraza una enumeración de términos esenciales, enumeración caótica favorita de Neruda (y de toda la poesía moderna):

Zinc y madera, muelles desdentados,
 pinos de las orillas,
 almacenes
 con Fagaldes, Mariettas,
 casas de enredaderas y Parodis,
 y una entre todas
 donde
 entramos
 mamadre, hermana, niños y colchones.

En «Los abandonados» (83), uno de los pocos momentos desesperanzados del libro, la alternancia presencia/ausencia de artículo en sus enumeraciones matiza sutilmente los conceptos:

No sólo el mar, no sólo costa, espuma,
 pájaros de insumiso poderío,
 no sólo aquellos y estos anchos ojos,
 no sólo la enlutada noche con sus planetas,
 no sólo la arboleda con su alta muchedumbre,
 sino dolor, dolor, el pan del hombre.

Entre *el mar* y *el pan*, entre el comienzo y el fin de la adversativa que se estructura en dos versos curiosamente antitéticos (1. el mar-costa-espuma / 6. dolor-dolor-el pan), la enumeración anafórica va sumando trabajosamente los sintagmas que conducen a ese *dolor* sin artículo (abstracto) igual a *el pan*, articulado (concreto). El poema sigue:

Pero en la soledad nacen y mueren cosas,
 la razón crece y crece hasta ser desvarío,
 el pétalo se extiende sin llegar a la rosa,
 la soledad es el polvo inútil del mundo,
 la rueda que da vueltas sin tierra, ni agua, ni
 hombre.

El primer verso opone: la soledad/cosas; a partir de él, la enumeración no ofrece ni un término sin artículo y conduce a la gradación final, que recuerda a los clásicos y que envuelve con su esencialidad negativa el resto del poema.

4.4. Sabemos que el nombre con artículo se refiere a objetos existenciales y sin él a objetos esenciales. Con artículo, a las cosas; sin él, a nuestras valoraciones subjetivas y categoriales de las cosas. Sin artículo, no aludimos al individuo, ni tampoco al género cuantitativo, sino al rango categorial, al orden, a la clase considerada cualitativa y no cuantitativamente. Veamos, sin embargo, el siguiente ejemplo:

invierno largo a invierno desolado
 con las goteras dentro
 de la casa (20).

Si conmutamos por «con goteras», lo que deseamos es señalar la existencia de la clase de agujeros llamados goteras; pero ésta, que fue en principio la variante expresiva, es superada en el lenguaje poético tras una especie de viaje de ida y vuelta, y «las goteras» se

ofrece más cargada de realidad, índice de la obligatoriedad que la clase de los pobres tenía de poseer goteras, una de las pocas cosas que puede poseer. Lingüísticamente se mantiene el contraste con *invierno largo a invierno desolado*, que con su esencialidad crea la atmósfera de angustia y pobreza que busca todo el poema.

La misma idea encerrada en estos versos se explica en «La injusticia» (79):

Quien descubre el quién soy descubrirá el
quién eres.
Y el cómo, y el adónde.
Toqué de pronto toda la injusticia.
El hambre no era sólo hambre,
sino la medida del hombre.
El frío, el viento, eran también medidas.
Midió cien hambres y cayó el erguido.
A los cien fríos fue enterrado Pedro.
Un solo viento duró la pobre casa.
Y aprendí que el centímetro y el gramo,
la cuchara y la legua medían la codicia,
y que el hombre asediado se caía de pronto
a un agujero, y ya no más sabía.
No más, y ese era el sitio,
el real regalo, el don, la luz, la vida,
eso era, padecer de frío y hambre,
y no tener zapatos y temblar
frente al juez, frente a otro,
a otro ser con espada y con tintero, ...

En el comienzo del poema las oraciones traspuestas a nombre objeto de «descubrir» no necesitan artículo para ser sustantivo, puesto que lo son por su función sintáctica. Pero con él, el poeta, al igual que ha hecho nuestra lengua a lo largo de su historia, acentúa y recalca las representaciones autosemánticas (A. Alonso, *op. cit.*, pág. 127), que plantean los interrogantes todos del hombre moderno, el hombre que Neruda busca y canta. Los versos 3-8 ofrecen un uso habilísimo del artículo que permite mantener la antítesis (para algunos recurso base de toda poesía):

el hambre (es) hambre + la medida
el frío, el viento (son) medida

El poeta elige la alternancia *cien hombres / a los cien fríos* que le impone la forma interna de la lengua. Y a su vez, *el erguido = Pedro*. El nombre común con artículo identifica como el nombre propio¹.

En los versos siguientes, dos enumeraciones giran alrededor de un término:

		un agujero	
ese era	el sitio	eso era	padecer
	el real regalo		y no tener zapatos
	el don		y temblar
	la luz		
	la vida		

El juego poético es exclusivamente lingüístico: el masculino (*ese*) se corresponde con una serie de sustantivos, todos ellos con artículo, la realidad, los bienes de los pobres; el neutro (*eso*), con una serie de conceptos abstractos en infinitivo².

Frente a otro ser con espada y con tintero. Se define aquí la clase de los hombres con espada y la clase de los hombres con tintero; al categorizar se provoca el distanciamiento, símbolo de la disociación de clases; porque los que están frente a esta clase de hombres son precisamente: *el erguido y Pedro*.

¹ En «La tierra austral», (35) tras una serie de nombres propios, sigue la enumeración con todos sus elementos articulados:

Renaico, Selva Oscura,
Pillanelbum, Lautaro,
y más allá los huevos de perdices,
los densos musgos de la selva,
las hojas en el humus, ...

² El uso del infinitivo con fines poéticos es utilizado en (15):

Fue impreciso nacer y fue tardío
nacer de veras, lento
y palpar, conocer, odiar, amar,
todo esto tiene flor y tiene espinas.

en que *nacer* ocupa exactamente el lugar de *nacimiento*, sustantivo que no admitiría la alternancia artículo/cero. Al emplear el infinitivo sin artículo le permite entrar a formar parte de los infinitivos restantes que conducen a todo esto y a la definición exacta y tradicional de la vida: *con flores y espinas*. *Nacer* sin artículo apunta directamente no al momento concreto, ni siquiera al hecho de venir a la vida, sino a la voluntariedad de tomar parte en ella, consciente y voluntariamente, rasgo peculiar de la poesía y el universo nerudiano.

Esta categorización la encontramos siempre que un sujeto gramatical sin artículo, como señaló Amado Alonso, se convierte en predicado psicológico:

comían y cantaban transeúntes
del agua y del verano (31)

y siempre que un complemento cualquiera sin artículo lo sentimos atribuido con el verbo «ser»:

la Mamadre viene por ahí
con zuecos de madera (19)

lo que lleva son precisamente zuecos de madera, pertenece a una clase de personas con ese tipo de calzado y *vestida de pobre trapo oscuro*. Igual valor en

Yo me hubiera vestido
de tejas rotas, de humo (55)

o en

y algo golpeaba en mi alma
fiebre o alas perdidas (51)

o en

yo, enlutado,
severo,
ausente,
con pantalones cortos,
piernas flacas,
rodillas
y ojos que buscan
súbitos tesoros (45)

donde los conceptos que se refieren al yo, que lo definen esencialmente, son todos predicados psicológicos, igual que:

Ay, pequeño estudiante,
ibas cambiando
de tren y de planeta,
entrabas
en poblaciones pálidas de adobes,
polvo amarillo y uvas.
A la llegada ferroviaria, caras
en el sitio de los centauros,
no amarraban caballos sino coches,
primeros automóviles (98).

El nombre sin artículo crea una categoría ocasional en un ejemplo en que ha desaparecido el nexa comparativo, categoría que destaca la soledad no sólo del niño, sino de todo lo inocente, de todo lo débil ante el mundo:

Delgado niño o pájaro,
solitario escolar o pez sombrío,
iba solo en la proa (31)

O bien le sirve al poeta para definir la tierra, su tierra: *silban aves glaciales*, es decir, lo que silban son precisamente aves glaciales.

Volviendo a «La injusticia»:

y así a empellones, cavando y cortando,
cosiendo, haciendo pan, sembrando trigo,
pegándole a cada clavo que pedía madera,
metiéndose en la tierra como en un intestino
para sacar, a ciegas, el carbón crepitante
y, aún más, subiendo ríos y cordilleras,
cabalgando caballos, moviendo embarcaciones,
cociendo tejas, soplando vidrios, lavando ropa,
de tal manera que parecería
todo esto el reino recién levantado,
uva resplandeciente del racimo,
cuando el hombre se decidió a ser feliz,
y no era, no era así. Fui descubriendo
la ley de la desdicha,
el trono de oro sangriento,
la libertad celestina,
la patria sin abrigo,
el corazón herido y fatigado,
y un rumor de muertos sin lágrimas,
secos, como piedras que caen.

Todo el poema gira alrededor de ese fatalismo final. Los conceptos de la seguridad, de lo único que el hombre posee, todos con artículo (vv. 13-18); los conceptos de la esperanza todos sin él (vv. 6-8). Es como si Neruda, oponiendo la realidad a la esperanza, insistiese en la idea de que el artículo destaca la referencia lógica al objeto real, mientras su ausencia va acompañada de un conato de emoción y de voluntad por hacer descollar sus intereses por sobre la organización racional de la expresión; esta resonancia afectiva radica en que el nombre sin artículo o bien apunta directamente a una esencia gené-

rica, con objeto exclusivamente mental, o bien, si hay un objeto real aludido, de él nos interesa su esencia y su valor. El último sustantivo de la lista enfatizado con *un*.

4.5. Con *un* ya no es el tipo, ni siquiera el género, sino el individuo el que soporta nuestro juicio. Y si éste sigue manteniendo pretensiones de validez general, eso se debe a las referencias implícitas que desde ese individuo ascienden hacia el género y hacia el tipo, ya que el individuo está mentado como representante de todo el género. Aunque lo afirmado valga para todo el género, lo que tengo delante de mi espíritu y pongo ante el espíritu de mi oyente o lector es un individuo. En nuestra lengua oral de hoy esta construcción con *un* es la preferida: gusto colectivo por la personalización, triunfo de los intereses afectivos, preferencia por la enunciación de pretendidas verdades generales. Por eso son más notables en el lenguaje de Neruda los casos en que el nombre, que esperaríamos con *un*, aparece solo:

del hacha y de la lluvia fue creciendo
la ciudad maderera
recién cortada como
nueva estrella con gotas de resina (15)

donde creamos un nuevo mundo con unas características que antes no eran posibles: con gotas de resina. Lo mismo en

el ferroviario es marinero en tierra (26)

en que apuntamos a una unidad que crea un marinero especial. Idéntica voluntad de estilo en:

la casa
se sacudía,
las puertas asustadas
se golpeaban con seco
disparo de pistolas (25).

En «El primer mar» (13), poema fuertemente personalizado, tras cuatro versos de conceptos sin artículo, todos los complementos que siguen van lógicamente articulados con él y los tres momentos en que el niño hombre va a irrumpir en la vida aparecen individualizados, enfatizados con *un*:

Embriaguez de los ríos,
 márgenes de espesuras y fragancias,
 súbitas piedras, árboles quemados,
 y tierra plena y sola.
 Hijo de aquellos ríos
 me mantuve
 corriendo por la tierra,
 por las mismas orillas
 hacia la misma espuma
 y cuando el mar de entonces
 se desplomó como una torre herida,
 se incorporó encrespado de su furia,
 salí de las raíces,
 se me agrandó la patria,
 se rompió la unidad de la madera:
 la cárcel de los bosques
 abrió una puerta verde
 por donde entró la ola con su trueno
 y se extendió mi vida
 con un golpe de mar, en el espacio

El valor enfático de *un* se conecta directamente con su función clasificadora; resulta de que al desdoblar el individuo y la clase se destaca y encarece la plena significación de la clase y el hecho de que el sustantivo mentado la encarna:

al golpe de una mano ferroviaria
 chocaron los gruesos vasos del hermano (26)

O bien

fatigado dormí como la leña,
 y cuando desperté
 sentí un dolor de lluvia...

o en:

produjeron
 ante mi vista
 un milagro:
 un minúsculo
 nido
 de avecilla salvaje
 con cinco huevecitos,
 con cinco uvas blancas,
 un pequeño
 racimo
 de la vida del bosque (47).

La clasificación se hace con *un* cuando hay género compuesto de individuos; se hace con el nombre cuando significa materia, y siempre que se apunta hacia el *quid*, la categoría misma; con *el*, cuando el objeto no se clasifica, sino que se identifica si está presente o se nombra en su existencia si está ausente (A. Alonso, *op. cit.*, 154). Veamos el juego entre *un*, el artículo y su ausencia (65):

Un vuelo blanco y negro; los cisnes ahuyentaron
largos cuellos nocturnos, patas de cuero rojo
y la nieve serena volando sobre el mundo.

Y luego alas salvajes que desde el torbellino
se hicieron orden, vuelo, magnitud, sacudida,
y luego ausencia, un temblor blanco en el vacío.

5. El libro se cierra con un poema: «La pensión de la calle Maruri». En él se canta la soledad del hombre en medio de los hombres, pero no directa sino simbólicamente:

Una calle Maruri.
Las casas no se miran, no se quieren,
sin embargo, están juntas.
Muro con muro, pero
sus ventanas
no ven la calle, no hablan,
son silencio.

En ese silencio el poeta quiere ser voz, va a ser voz, pero con cuánta dificultad:

Sé que ahora no hay nadie,
en la casa, en la calle, en la ciudad amarga.
Soy prisionero con la puerta abierta,
con el mundo abierto,
soy estudiante triste perdido en el crepúsculo,
y subo hacia la sopa de fideos
y bajo hasta la cama y hasta el día siguiente.

Tras la gradación perfectamente ascendente de tres sustantivos con artículo, la identificación del yo: *prisionero*, *estudiante*, creando una categoría especial por medio de la antítesis: *prisionero con la puerta abierta*; *estudiante triste* (*triste* se connota fuertemente por la ale-

gría, falsa alegría, que siempre se ha ligado al estudiante); pero, precisamente por esa puerta abierta, el prisionero acepta su responsabilidad, su prisión y, con ella, lo cotidiano, lo aparentemente vulgar, lo conocido: *la sopa, la cama, el día siguiente.*

CARMEN DÍAZ CASTAÑÓN

Mieres, septiembre de 1973.